

Aldous Huxley

Revisando a Esopo

Presentación de algunas de las antiguas fábulas morales con conclusiones modernas hasta ahora inéditas

I. La hormiga y el saltaperico



El saltaperico era un artista, cuyas obras, como la de la mayoría de los artistas, eran poco productivas, y cuyos ocios eran entretenidos y costosos. La hormiga, en cambio, era un pilar de su comunidad; iba con toda regularidad a su oficina, trabajaba catorce horas al día y guardaba cada centavo que podía ahorrar.

Fué pasando el tiempo. El capital de la hormiga aumentaba cada año, el del saltaperico disminuía cada año. Ese joven—profetizó la hormiga—va a terminar mal. Y suspiraba con hipocresía. En el fondo, estaba encantada. Porque, lo mismo que todos los insectos sin talento, trabajadores y sacrificados, sentía un odio cuajado de envidia por todos los que eran felices. Temía y odiaba a todos los que por naturaleza eran superiores en talento, en inteligencia y en calidad espiritual. Le

habría encantado que todo el mundo llevara una vida tan cansadamente laboriosa, tan aburridamente buena, tan absolutamente sin sentido y vacía como la suya. Nada la podía desesperar tanto, como el espectáculo del talento en otro sitio que no fuera el que a ella le parecía conveniente: el arroyo. La desesperaba, también, tener que ver alegría despreocupada coronada de éxito mundano, a pesar de todos los proverbios. La vista de una mariposa que había conseguido pasar el invierno sin sucumbir a las heladas, era suficiente para hacerle perder el apetito durante una semana.

Su placer más grande era observar los infortunios de aquéllos que eran menos virtuosos y más talentosos que ella, y sacar la moraleja halagüeña.

Cuando, por fin, se produjo el acontecimiento que ella tanto había esperado y predicho, cuando llegó, por fin, el saltaperico, arruinado, a solicitar un préstamo, la hormiga desahogó todo el rencor envidioso largamente acumulado, en un sermón lleno de indignación moral, de lugares comunes y de triunfantes yo-se-lo-había-dicho. En cuanto a ayudar al pobre saltaperico, no, no; en virtud de motivos altamente éticos y sociales, se negó rotundamente a prestarle un solo penique.

Pocos días más tarde, las arañas mandaron su histórico ultimátum a las abejas. Se declaró la guerra. Las avispas y los moscardones inmediatamente salieron en ayuda de las abejas; las hormigas y los termites marcharon con sus viejas amigas las arañas. Al poco tiempo, casi todas las especies de insectos del mundo estaban

envueltas en el gran conflicto. El saltaperico también se enroló. La hormiga se quedó en casa y logró doblar su fortuna en dos años, la cual invirtió (siendo el más prudente de los insectos virtuosos) en primeras hipotecas y en bonos del gobierno. Al terminar la guerra, era millonaria. Tres meses más tarde, después de la baja brusca de la moneda de Hormigalandia, sus millones acumulados habrían bastado justamente, siempre que el cambio no siguiera bajando, a mantenerla durante una semana a razón de pan y margarina.

Mientras tanto, a raíz de especulaciones alocadas, en la bolsa, el saltaperico había llegado a ocupar el cuarto lugar entre los hombres más ricos del mundo. La moraleja de esta historia, es que no siempre se premia a la prudencia y a la virtud (gracias a Dios, podemos cantar en coro) con lo que les corresponde.

Pero, la historieta tiene un *Post-scriptum*. Cuando vino la hormiga, empobrecida, a solicitar ayuda de su amigo poderoso, el saltaperico, que tenía fama de ser muy generoso, le entregó un cheque considerable, y no quiso saber nada de intereses. La hormiga dividió la suma prestada en dos partes. Con la primera sobornó a los periodistas y corredores de la Bolsa para que crearan un pánico en el mercado, y con la otra mitad se dedicó a comprar todas las acciones que el saltaperico, aterrado, se apresuró en vender a cualquier precio. Cuando volvió a subir el precio de las acciones, como era lógico, la hormiga volvió a ser extremadamente rica,

mientras que el saltaperico se vió reducido a una relativa pobreza.

La moraleja de esta segunda parte está bien clara: Los talentosos deben estar siempre en guardia en contra de los buenos que son sus enemigos naturales, y entre el talento de los primeros y la virtud de los segundos, hay y habrá siempre una guerra implacable.

II. Los sapos y su rey

Como los sapos estaban sin soberano, se dirigieron a Júpiter en demanda de un rey. Júpiter oyó su demanda y dejó caer una pesada astilla en el pozo en que vivían. La bulla de la caída produjo cierta alarma entre los sapos, pero una vez que las aguas se hubieron tranquilizado de nuevo, salieron de sus escondites a rendir homenaje a su nuevo soberano. La confianza pronto tornó su respeto en desprecio, y después de pocos días ya se veía a los sapos subiendo encima de su rey irresponsable, usándolo como trampolín o para darse baños de sol en su guata calentada por el sol.

Fué pasando el tiempo. Bajo el reinado bonachón del rey Astilla, los sapos aumentaron y se multiplicaron. Para gran satisfacción de los batracios patriotas, la población aumentaba a pasos agigantados. «Nuestra patria grande y floreciente», escribían los periodistas. «El aumento de la población es un signo infalible de grandeza nacional y progreso moral», y así se podían leer muchas frases por el estilo en los diarios.

Pero a medida que pasaban los años, el pozo comenzó a verse incómodamente atestado de gente. Los precios de gusanos y larvas, de huevos de mosquitos y caracoles comenzaron a subir en forma alarmante, lo mismo todas las demás necesidades de la vida. En los barrios aristocráticos, cerca de los nenúfares, los arriendos eran prohibitivos. En los barrios industriales, en el fondo del pozo, había una sobrepoblación terrible. En cuanto a los arrabales, en las raíces del sauce, eran horribles, más allá de toda descripción. Algunos sapos pensadores se desesperaban al ver que era en los barrios más bajos en los que se registraba mayor número de nacimientos. Entre las clases más holgadas, entre los profesionales, se notaba una notoria disminución de la fecundidad. Las prácticas preservativas comenzaban a estar en boga en esos círculos. Damas sapas que antes acostumbraban a poner seis o siete mil huevos fecundados, se limitaban a poner actualmente el mismo número de cientos de huevos.

Los habitantes de los arrabales, en cambio, seguían multiplicándose en forma alarmante. Hasta el espectador más desinteresado no podía dejar de sorprenderse por el número alarmante de renacuajos deformes, raquíuticos, cretinos y medio lesos que nadaban por todas partes. Era evidente que si las cosas seguían su curso, después de pocos años la degeneración habría aniquilado a toda la Batracia. Esta disminución de la calidad iría acompañada fatalmente por un aumento de la cantidad y, según los estadistas más autorizados de Batracia, no estaba lejos la época en que las condiciones del

pozo serían insuficientes para mantener a una población tan enorme. Se envió embajadas a tratar con el rey, pero la astilla no dió señales de querer evitar el mal; había sido educada conforme al «laissez faire» de la escuela de Bentham y de John Stuart Mill. Finalmente, el clero de Batracia hizo un llamado solemne a Júpiter. «Oh, Júpiter», oraron; «Tu rey no nos sirve para nada. Es inactivo, sus convicciones políticas están pasadas de moda, es incapaz de afrontar los problemas de la vida moderna».

Júpiter estaba indignado con lo que él consideraba ingratitude y mutabilidad de los sapos. Muy bien,—respondió,—si deseais otro rey, lo tendréis. Diciendo esto envió al pozo a una cigüeña enorme que, junto con llegar al pozo, se tragó al cardenal, arzobispo y a la mitad de los sacerdotes más representativos de Batracia. El resto saltó apresuradamente de las hojas de nenúfares buscando asilo en las profundidades del pozo. El apetito del nuevo soberano era indescriptible y en poco tiempo había reducido la población del pozo a menos de la mitad.

Júpiter, cuyo «sense of humour» es crudo y que no entiende bromas más que cuando son bastante pesadas, miraba la escena con una satisfacción no disimulada. ¿Cómo encontrais a vuestro nuevo soberano?,—preguntó algunos días más tarde al más sabio de los sapos. Con sumo desagrado tuvo que oír que el más sabio de los sapos y todos sus amigos estaban encantados con su inteligente rey.

—¿Encantados?,—preguntó asombrado Júpiter que se había preparado a oír una nueva queja que le daría lugar a lanzar un hermoso discurso referente a la mutabilidad de los sapos.—¿Encantados? Pero si ha devorado a la mitad de vuestro pueblo.

Ese es, precisamente, el motivo por el cual estamos tan encantados, respondieron los sapos sabios. Los más fuertes y los más inteligentes de entre nosotros, consiguen fácilmente escapar a su voracidad. Únicamente los débiles de espíritu y de cuerpo son sus víctimas. Es cierto que ha devorado la mitad de nuestro pueblo, pero la mitad que queda, es la mitad privilegiada. Eliminando a los ineptos, ha salvado a nuestra raza de la degeneración, ha resuelto todos nuestros problemas políticos y ha eliminado la peor de nuestras plagas sociales, el arrabal; nos ha salvado del hambre, ha hecho bajar los precios y ha levantado el standard de vida. En pocas palabras, su reinado ha sido una única gran obra de bienestar. No podemos alabarlo lo suficiente ni agradeceros a vos, oh Júpiter, por habernos enviado un rey tan admirable.

—Estoy pasmado,—dijo Júpiter, sintiendo que se había puesto en ridículo.

III. La corneja y el zorro

Una corneja descansaba en la rama de un árbol. Un zorro pasó por el camino que corría al pie del árbol. El zorro estaba hambriento (los zorros son hambrien-

tos crónicos). La corneja sujetaba un pedazo de queso en el pico. No era un pedazo demasiado grande ni tampoco era el queso de una clase particularmente exquisita. Pero el zorro no era exigente, ni consideraba tampoco que estuviera por debajo de su dignidad el recoger las migas más insignificantes que habían caído; ese era el secreto de su éxito.

—Estimada señora,—dijo, mirando a la corneja en lo alto,—al primer golpe de vista he visto que tiene Ud. un alma altamente sensible y artística, obligada a vivir entre gente incomprensiva y en un ambiente, con el cual Ud. no congenia. Comprendo que le es imposible desarrollar sus talentos naturales.

La corneja miró con sumo agrado e inclinó la cabeza a fin de oír mejor.

—Permítame,—continuó el zorro,—que me presente. Me llamo zorro y la misión de mi vida es ayudar a mis compañeros. Las ramas del saber, a las cuales he dedicado preferentemente mis energías son el desarrollo de la Personalidad, la realización de felicidades naturales y la obtención de éxito. Todo lo cual estoy dispuesto a enseñar por una remuneración puramente nominal, personalmente o en cursos por correspondencia en que se devuelve el dinero si el sistema no ha sido eficiente. El caso suyo, señora, es uno de esos en que tengo completa seguridad de ser de gran utilidad. El alma no comprendida es una de mis especialidades. Permítame que le ayude a encontrar la expresión de su verdadero ser, y junto con ello, éxito, felicidad y fortuna.

—Con mucho gusto,—replicó la corneja casi imperceptible, porque no podía abrir el pico a fin de poder sujetar el pedazo de queso. Como todas las de su sexo, le encantaba que le hablasen de su alma; le halagaba que le dijeran que era incomprendida y que tenía una personalidad susceptible de ser incomprendida.

—Bien, entonces dígame cuáles son sus talentos especiales, y cuales sus ambiciones precisas. ¿Desea Ud. expresar su personalidad por medio de la pantalla o sueña Ud. con obtener fama y riqueza como escritora de Cuentos Cortos y de Propaganda?

La corneja movió la cabeza.

—Tal vez desea Ud. seguir el ejemplo confortante de Miguel Angel y de Dana Gibson,—prosiguió el zorro.—Si es así, le garantizo hacerla una de los Grandes de la Antigüedad en menos de seis semanas. Todo el que sabe escribir, también sabe dibujar; todo el que sabe manchar con salsa el mantel, también sabe pintar. Mi curso por correspondencia de buen gusto y de Bellas Artes es una garantía completa y científica...

La corneja volvió a sacudir la cabeza.

El zorro no se dejó desanimar.

—Si ambiciona Ud. una gran eficiencia comercial,—prosiguió,—o si es su sueño dorado llegar a ser dentista o matrona titulada...

—No, no,—dijo la corneja, hablando con mucho cuidado y casi imperceptible a través del queso,—mis aficiones son musicales.

—¿Musicales?,—dijo el zorro.—Se me podía haber

ocurrido. Música, la más divina de las artes. Mi sistema halitónico de enseñanza del piano hace superflua toda la aburrida tarea de practicar.

—Pero yo soy cantante,—dijo la corneja.

—Tanto mejor,—replicó el zorro.—Siga mi curso de impostación de voz «Ganando durante el Estudio». He visto a la mayoría de mis discípulos tomando parte importante en óperas y operetas durante sus estudios.

—No diga,—dijo la corneja, demostrando un gran interés.

—Por cierto,—dijo el zorro con la expresión convincente del que cree ciegamente en lo que dice.—Pero antes de aceptarla en mi curso, tengo que oírla cantar algo. ¿No querría Ud. darme una prueba de su canto?

La corneja que ya se veía en el papel de Carmen y Margarita, de Isolda, Melisande y Mimí, echó atrás la cabeza y dejó escapar su Do de pecho. El queso también se escapó de su pico y fué recogido diestramente a su caída por el zorro, que lo tragó inmediatamente, después de lo cual tomó las de villadiego, relamiéndose. Mientras tanto, la corneja seguía cantando en éxtasis, olvidando todo a su alrededor, menos la música. Sus graznidos llegaron a oídos de un cuervo, que pasaba por las cercanías en esos momentos. El cuervo se instaló en un árbol cercano y escuchó atentamente el canto de la corneja. Bravo,—gritó, una vez que ésta hubo terminado y le ofreció al momento una buena ocupación en el cabaret de negros que él dirigía. La corneja aceptó encantada el ofrecimiento y en poco llegó

a ser una de las cantantes negras de más fama en todo el país.

Lo que demuestra que la imbecilidad combinada con un poco de buena suerte, suele ganar a la astucia.

Pero en la mayoría de los casos, sólo temporalmente, porque el zorro la demandó a pagarle el diez por ciento de su salario del primer año, basándose en que al darle el queso, había aceptado seguir su curso de impostación de voz, y que, al pagar algo por adelantado del curso, había aceptado las condiciones financieras del curso. Está demás decir que ganó el pleito.